EL LIBRO DE LOS CUENTOS OLVIDADOS



BUJÍA EDICIONES

© 2026, Fabricio Esperanza
© 2026, Bujía Ediciones SAS

ISBN: 978-631-90250-9-5
Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina

Diseño, diagramación e ilustración: Bujía Ediciones SAS
Corrección literaria: Carlos Medina Vogler

Primera edición: Septiembre de 2026

Esperanza, Fabricio
El libro de los cuentos olvidados / Fabricio Esperanza. - 1a ed. -
Córdoba : Bujía Ediciones, 2026.
121 p. ; 20 x 14 cm.

ISBN 978-631-90250-9-5

1. Novelas Fantásticas. I. Título.
CDD A863

Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la expresa autorización de la editorial. La infracción de estas normas constituye un delito, de acuerdo a la ley 11.723 (Régimen Legal de la Propiedad Intelectual).

ÍNDICE

El misterio de la biblioteca 5

El hallazgo 13

Los poderes del libro 19

El cementerio de los gigantes 26

El caballero de las sombras 35

El bosque de los susurros 47

La isla del faro imposible 59

El último cuento 77

La biblioteca oculta 95

Entre las páginas del infinito 102

BUJÍA EDICIONES

El misterio de la biblioteca

La biblioteca del pueblo se levantaba en la esquina más silenciosa de la plaza, como si hubiera sido puesta a propósito en ese rincón, para pasar desapercibida. Desde afuera, no llamaba demasiado la atención: era un edificio de paredes gastadas, manchadas por la lluvia y el tiempo, con ventanas altas y enrejadas. Las cortinas permanecían siempre entrecerradas, dándole al lugar un aspecto entre misterioso y abandonado. A menudo parecía vacía, pero los vecinos que pasaban por la vereda aseguraban sentir que alguien los miraba detrás de los vidrios, incluso fuera de los horarios de visita.

Para Pablo, Juan, Dana y Lara, aquella biblioteca no era un simple edificio polvoriento. Era un refugio secreto, un territorio sagrado donde podían escapar de la rutina del pueblo, donde las horas pasaban más rápido entre estantes recargados de libros y donde el silencio parecía más profundo que en ningún otro lugar. Era, de cierta forma, su propio reino, un espacio donde las historias dormían esperando que alguien las despertara.

Los cuatro amigos se conocían desde muy chicos. Se habían criado compartiendo juegos, habían pasado veranos enteros en los muchos baldíos fangosos que sobraban en aquel lugar y vivido aventuras que, a veces, rozaban el desastre. Más de una vez llegaron a sus casas con las rodillas raspadas, algún moretón en los brazos o barro en toda la ropa. Eran inseparables, aunque sus personalidades no podían ser más distintas.

Juan, con su libretita siempre en el bolsillo, era meticuloso, de esos chicos que anotan todos los detalles, convencido de que nada debía perderse en el olvido. Pablo, en cambio, era lo opuesto: muchas veces impulsivo, aunque también era la voz sensata del grupo y quien analizaba los riesgos; siempre estaba dispuesto a los chistes, aun en los momentos menos apropiados. Dana era la calma hecha persona: observadora, serena, con una forma de mirar las cosas como si viera más allá de lo que uno tiene en frente. Lara, por su parte, era pura chispa: curiosa hasta la imprudencia, inquieta, con una energía que arrastraba a los demás sin pedir permiso.

La anciana bibliotecaria, doña Matilde, parecía conocerlos mejor que nadie. Tenía un andar lento pero seguro, unos ojos grises que se iluminaban cada vez que los veía entrar, pero lo que más sobresalía en ella era su pelo blanquísimo que, en ocasiones, cubría con un pañuelo. Más allá del cariño que tenía por ese grupito, el brillo en su mirada probablemente se debía también al hecho de que no eran

muchos quienes entraban a la biblioteca, sobre todo en los últimos tiempos, cuando la gente está más pendiente de las pantallas, de las compus y de los celus.

Les recomendaba libros con una precisión asombrosa, como si pudiera leerles el pensamiento. En el pueblo corrían muchos rumores sobre ella: que era una especie de maga, que había nacido el mismo día en que la biblioteca fue inaugurada o que guardaba llaves de puertas que nadie más conocía. Los chicos se reían de esas historias, pero, en secreto, coincidían en que había algo extraño en doña Matilde, una especie de complicidad silenciosa con los misterios de aquel lugar.

Algunos vecinos afirmaban que la biblioteca estaba embrujada. Contaban que los pasillos cambiaban de forma, que los estantes se alargaban o se encogían según quién entrara, y que ciertos libros aparecían y desaparecían sin explicación. Pablo adoraba repetir esas anécdotas en voz alta para asustar a los demás, aunque después era el primero en ponerse nervioso cuando algo crujía en la oscuridad. Juan, más pensativo, decía siempre que eran simples habladurías, exageraciones de la gente del pueblo, que no tiene otra cosa mejor que hacer. Dana escuchaba sin opinar, como si supiera que cada historia tenía algo de verdad. Y Lara... Lara prefería creer en todo. Para ella, lo imposible no existía, todo podía ocurrir.

Aquella tarde de otoño, el viento arrastraba hojas secas que

golpeaban contra los ventanales. Adentro, el aire estaba impregnado de olor a papel viejo y madera húmeda, como en las casas de sus abuelos. Tras un breve intercambio de miradas, decidieron aventurarse en la sección más antigua de la biblioteca: un pasillo poco recorrido, donde la luz apenas se filtraba y la tierra flotaba como un velo. Ya lo habían hecho algunas veces. La propia doña Matilde, cada tanto, les decía que en esa parte de la biblioteca no había mucho que les pudiera interesar, que no perdieran el tiempo allí.

El corredor era largo y angosto. Un foco colgaba del techo y se balanceaba con cada soplo de aire, formando sombras que parecían moverse solas. El suelo de madera crujía bajo los pasos que daban los chicos y, después de cada crujido, Pablo soltaba un comentario nervioso.

—Este lugar siempre me da escalofríos —dijo, sacudiéndose una telaraña que se le había quedado en el pelo.

Dana sonrió con calma.

—Sí, siempre lo decís, pero sos el primero en entrar.

—Alguien tiene que ser valiente —replicó él, aunque la voz le tembló más de lo que hubiera querido.

Lara avanzaba, pasando los dedos por los lomos gastados de los libros. Algunos casi se deshacían al tocarlos, dejando motas de polvo en el aire. Ese pasillo tenía algo hipnótico: el silencio era tan denso que parecía escucharse, y el

ambiente se volvía más espeso a cada paso que daban. Juan fue el primero en notar que algo no estaba bien del todo, como si una señal de alerta le dijese que se estaban metiendo en un problema. Pero la curiosidad, como siempre, le ganaba a la intuición.

—Esperen... —susurró, señalando hacia un rincón apartado—. Miren esa estantería.

Se acercaron, sigilosos. Era distinta a las demás: más antigua, medio torcida, cubierta por una capa de suciedad que parecía haberse acumulado después de muchos años. Los libros que sostenía estaban tan estropeados que apenas se distinguían los títulos. Pero lo más extraño era que, detrás de las maderas desvencijadas, se sentía una corriente de aire fresco. Juan extendió la mano y comprobó que en el borde se notaba un ligero movimiento, lo que significaba que los tablones no estaban fijos del todo.

—¿Esto está abierto? —preguntó Dana en voz baja, casi en un murmullo.

El corazón de los cuatro latía más rápido. Pablo dio un paso atrás.

—Chicos, esto no me gusta nada. Las estanterías no deberían moverse solas.

—Si se mueve sola, nosotros la podemos mover más —replicó Lara, con los ojos brillando de emoción.

Antes de que alguien pudiera detenerla, apoyó ambas manos en la madera y empujó. La estantería se resistió al principio, con la tenacidad propia de un objeto que lleva años dormido, pero luego cedió con un chirrido que resonó en todo el corredor. El sonido fue tan profundo que a Pablo se le erizó la piel. Finalmente, detrás de esa mole pesada, se reveló un pasadizo estrecho, envuelto en sombras.

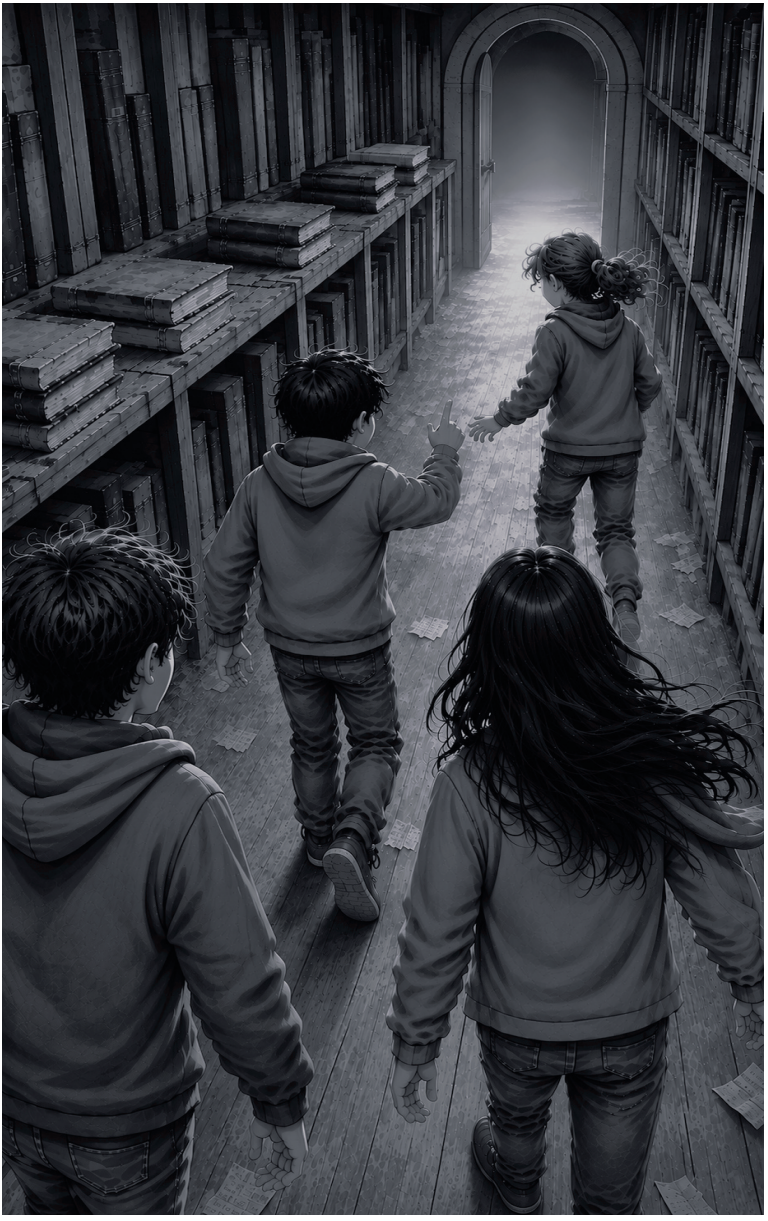
De allí salía un aire helado, era como estar sobre nieve. Todo se veía oscuro y apagado. El frío les picaba en la cara y se les metía por debajo de la ropa, haciéndolos temblar sin querer. Ninguno dijo nada. Solo se miraron por un segundo y entendieron lo mismo: ese lugar tenía algo que los atraía, pero no podían descubrir bien qué, aun así, dieron un paso más hacia adelante.

Inmediatamente, los cuatro amigos sintieron un olor penetrante a piedra mojada y a moho. Una rendija de luz se filtraba desde algún punto lejano, apenas suficiente para descubrir la profundidad de ese pasaje. El silencio se volvió más perturbador.

—Bueno —dijo Pablo, tragando saliva— Yo soy el primero en ir en búsqueda de aventuras, pero me parece que ahora voto por cerrar esto y fingir que nunca lo vimos.

—Ni hablar —respondió Lara, con un brillo de triunfo en los ojos—. ¿No sienten que nos estaba esperando?

Juan, con calma, sacó su libreta y escribió una sola palabra: “Descubrir”. Luego la mostró a los demás, como si fuera un



pacto. A veces hacía eso: cuando su voz no era lo suficientemente valiente para expresar las ideas de su cabeza, simplemente las escribía para darle rienda suelta a sus impulsos. Dana, que había permanecido callada, asintió lentamente, pero no apartó la vista de aquella semioscuridad en la que habían depositado su intriga.

Por un momento, los cuatro se quedaron inmóviles. Parecía que el tiempo se hubiera detenido. Afuera, una ráfaga de viento golpeó los ventanales y, por un instante, pareció que la biblioteca misma contenía la respiración.

Finalmente, uno tras otro, con más nervios que coraje, cruzaron el umbral del pasadizo secreto. Y en ese preciso instante, aunque ninguno lo sabía, sus vidas comenzaban a cambiar para siempre.